

El abrazo que lleva al amor

Autor: Laura Rincón Gallardo

Editorial: Prekop

Idioma: Español

Las experiencias que el bebé tiene junto al cuerpo de su madre le recuerdan su situación intrauterina, ya que ésta le proporciona los mismos estímulos: el ritmo o movimiento, escuchar los latidos de su corazón (por esta razón los bebés se cargan instintivamente del lado izquierdo), el tono de su voz y sobre todo la sensación de fusión con el cuerpo de su madre.

Las sensaciones que el bebé tiene son prácticamente las mismas de antes y reconocerlas le dan confianza y seguridad. Son experiencias que se repiten de la misma manera². Esta necesidad se prolonga: el ser humano busca a lo largo de su vida situaciones y experiencias parecidas, ya que al resultarle familiares se sentirá seguro.

D.H. Winnicott señala que el desarrollo emocional del primer año de vida es el fundamento de la salud mental del individuo³.

Jirina Prekop explica:

“De importancia decisiva para el desarrollo de la personalidad que en los primeros tiempos de la vida se logre una vinculación fecunda y una satisfacción de la necesidad básica de protección y seguridad. Ahí es donde se ponen los cimientos para el destino ulterior del niño en cuestión, porque sin vinculación no puede haber desvinculación.

“La satisfacción de sus necesidades básicas de alimentación y, sobre todo, de consuelo y protección anticipados al cargarlo, representan para el niño la posibilidad de confiar en los padres y le proporcionan la vinculación y la seguridad que necesita.

“Solo si el niño cuenta con esa confianza, podrá más tarde confiar en otras personas y a su vez desarrollar la confianza en sí mismo. Cuando ha recibido suficiente amor, podrá más tarde, de la misma manera, transmitirlo; al experimentar el apoyo y sostén de sus padres, podrá alguna vez desarrollar su propio sostén interno, lo que le permitirá y podrá brindarlo a otras personas⁴.

Cargar a los bebés con un rebozo es una conducta que se observa en los grupos sociales llama-

dos “primitivos”, los demás hemos ido perdiendo a medida que nos hemos civilizado.

El uso del rebozo, tan común en México entre las mujeres indígenas, satisface las necesidades del bebé. Ellas lo hacen seguramente sin saberlo, pues es parte de su cultura, sus tradiciones y su vida.

En las culturas indígenas es impensable que un niño pequeño sea separado de su madre. Las mujeres cargan a sus hijos en sus espaldas, incluso cuando se ven obligadas a ir a las ciudades en busca de trabajo, como las que vemos vendiendo dulces en las esquinas.

Estoy segura de que nadie ha visto a uno de esos bebés llorando o pataleando por querer salirse del rebozo. La realidad es que están siempre tranquilos a pesar del ruido, la contaminación y el calor, simplemente porque sus necesidades están satisfechas.

La madre viene y va, mientras el bebé disfruta del ritmo y movimiento, así como de la sensación de contención que le brinda la madre al tenerlo unido a su cuerpo. Al estar apretado por el rebozo, revive sensaciones que disfrutó durante los nueve meses que estuvo dentro de ella.

El resultado es que estos niños crecen sin miedo, con confianza y seguridad básicas y con una profunda vinculación, no solo hacia su madre sino también a sus raíces, cultura y tradiciones, y fuerte identificación con su grupo social.⁵

La situación en las ciudades es completamente diferente: las madres no cargan a sus hijos con rebozo, pues no tienen la necesidad de hacerlo, ni para trabajar ni para transportarlos.

Desafortunadamente muchas tienen que separarse de sus hijos antes de que estén listos porque se ven obligadas a trabajar, porque realizan viajes o porque mandan a sus hijos demasiado pronto al jardín de niños.

La solución para las madres que por alguna razón ven la vinculación con su hijo interrumpida sería que el tiempo que les queda libre lo pegaran a su cuerpo con ayuda de un rebozo.